



James Bond

# James Bond

## la pausa que refresca

**D**ECIA hace pocas semanas el crítico italiano Carlo Bo, a propósito de "Mardi", la maravillosa novela de Herman Melville, la agradable sensación de recuperar el casi olvidado placer de la lectura. Ciertamente, nuestro tiempo (el de Joyce, Beckett, Gadda, Robbe-Grillet y tantos más) no ha sido, en ésta como en tantas cosas, demasiado amable con el lector: de ingenuo y simpático y tartarinesco buscador de entretenimiento y emociones en el siglo XIX, pasó a doblarse, si quería seguir como tal, en crítico, sociólogo, economista, psicoanalista y otros mil oficios tan extraños y ajenos. Para la diversión, el mero y deleznable pasatiempo, quedaban (diré por ejemplo pero tampoco se me ocurrirían muchos más) los espectáculos deportivos —el fútbol, especialmente— y en un plano distinto, pero paralelo, el cine y sus oscuras y confortables catedrales que acogían indistintamente al niño y al maduro, al ignorante y al docto. Se cogía un libro para pensar, se iba al fútbol para tomar el aire y al cine para pasar el rato. Si no perfecta, al menos una bastante apreciable división de funciones.

*Ve't aquí* que las cosas han cambiado. Parece que el fútbol, dicen los entendidos, se ha convertido con sus pedantes estrategias ofensivas y defensivas en grotesco simulacro (la historia puede repetirse, pero la segunda vez es parodia de la primera, dijo Marx y acertó) de guerras civiles. Y el cine ha dado en pensar. Digo mal: pensar, mejor o peor, lo ha hecho siempre desde que Louis Lumière imaginó, con tanta sagacidad como improbabilidad, que alguien pagaría un franco por ver a unos obreros saliendo de una fábrica. Desde entonces, va ya para setenta años, ha pensado constantemente en el procedimiento más efectivo para seguir sacando dinero al espectador. Lo que ha ocurrido recientemente es que también se ha empeñado en hacerle pensar. Fatigosa tarea *i de la que no sé pas si en sortirem*. La amable y fácil *contemplación* que era antes el cine, viene mediatizada, cuando no entorpecida o anulada, por una imprescindible *reflexión*. Como si los Antonionis del mundo entero se hubieran unido para dejarnos boquiabiertos de admiración y fastidio. El espectáculo está dejando su lugar a la cátedra, al ensayo. Reservo de momento mi opinión sobre el origen, valor y alcance de este fenómeno. Me he limitado, objetivamente como es de buen tono y moda, a exponerlo. Podría decir, y repetiría lo que años ha dijo Alexandre Astruc en un artículo que causó bastante revuelo, *que esta tendencia irá en aumento, que dentro de poco gozaremos de nuestra filmoteca y pantalla particular en la que, de igual manera que ahora con un libro, nos sumergiremos en complicados e inteligentes films editados en limitadas ediciones de lujo*. Es muy posible que así ocurra, pero no insisto en ello.

Es por esta situación que cabe agradecer la llegada a las pantallas del monstruoso Agente 007 y su mundo, entre pueril y refinado, de hazañas increíbles, elementales y significativas, tan increíbles, elementales y significativas como que una simple bomba lanzada desde un avión pueda exterminar a quinientos mil seres. Y es por parecidas razones que le he denominado "la pausa que refresca".

¿Por qué? La coca-cola, esa kodak de nuestra generación, puede gustar o no, pero su más recalcitrante adversario debe reconocerle una serie indudable de condiciones: inalterable composición y sabor, bien diseñado y confeccionado recipiente, gran catolicidad (en su primitiva acepción de universalidad, claro está), la capacidad de apagar y estimular la sed en la medida justa para obligar a tomar *otra poco después, consecuentemente la creación de hábito y, the last but not the least* ni mucho menos, unos propagados en voz baja, y en mi opinión bastante improbables, efectos afrodisíacos. Sin embargo, su fórmula, dicen los peritos, es sumamente simple: agua con burbujas, azúcar y esencia de coca o algo así. Nada, o casi nada, al lado de un buen vino, pero indiscutiblemente fácil, barato y *ben trobat*. Tanto como pueda serlo, y de ahí viene su éxito multitudinario, James Bond, Agente 007.

Tan común como el agua burbujeante en todos los refrescos similares, aparece el anticomunismo en los films de aventuras, y muchos que no lo son, occidentales. Aquello de que el cine era una de las más importantes armas de propaganda, lo diría primero Lenin pero lo aprendieron prontamente, y seguramente lo practicaron antes, sus adversarios. Sin embargo, el anticomunismo de James Bond, el personaje imaginado por un ex-agente del Intelligence Service e incorporado en un fracasado actor de teatro, no se define por sus matices ideológicos. Como los verdugos, a quien nadie se preocupa en preguntar (*confieso que con bastante razón*) si son partidarios o no de la pena de muerte, James Bond carece de ideología: es un burócrata, un mero tecnócrata para emplear palabra más al día. Ni siquiera, como dice Sartre de todos los anticomunismos, se define por su negatividad. Es simplemente (cuesta un poco encontrar la palabra adecuada) *biológico*. Es decir, si James Bond fuera menos atractivo, su traje estuviera menos bien cortado y no supiera elegir la bebida adecuada a cada situación con tanto acierto, muy bien podría